

# El espía que vino del tiempo

MARIO SUÁREZ SIMICH

El canon oficial reconoce a las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma como la obra fundacional de la narrativa peruana y a pesar que este subgénero, creado por el patriarca de nuestras letras, se nutre de nuestro pasado, la narrativa que ficciona sobre episodios de la historia no ha sido estudiada ni sistematizada por la crítica. En las estanterías de la Biblioteca Nacional hay un número significativo de textos que esperan se les dé una visión orgánica, no solo de su valor literario, sino también por la relación que pueda existir entre concepto de «pasado» que haya podido tener su autor en el contexto de su tiempo, y la forma cómo lo relaciona con el presente o cómo lo proyecta hacia el futuro. Es por eso que el éxito editorial que ha alcanzado la novela *El espía del inca* de Rafael Dumett (Lluvia Editores, 2018) nos permite hacer algunas reflexiones sobre ella y el subgénero.

Publicada inicialmente en formato digital unos años antes, rechazada por las «grandes» transeditoriales de Lima (al parecer a los editores les aterrera las novelas de más de 250 páginas), es impresa por una pequeña editorial de capital peruano. A partir de ese momento, con una inteligente y modesta promoción, logra que se inicie el «boca a boca» recomendando su lectura, hasta llegar a ser premiada como la novela del año por un diario de la capital y recibir el elogio unánime de la crítica.

*El espía del inca* es una novela en que una bien lograda trama la hace tan interesante como *Los tres mosqueteros* de Dumas y es también una magnífica reconstrucción histórica a la manera de Flaubert en *Salambó*. Documentado de manera impecable, el autor logra «incluir/difundir», en la construcción ficcional del pasado y dentro de una trama de aventuras, muchas de las hipótesis que los historiadores han elaborado sobre la relativamente rápida caída del imperio inca y los conflictos al interior de la sociedad quechua debido a su vertiginoso crecimiento. Igual de acertado es el trabajo realizado por el autor en la creación de los elementos de «ficción pura», y la lograda verosimilitud que le da a estas hipótesis encaja a la perfección y sostiene la recreación histórica. Lo mismo pasa con el diseño



## El espía del inca

Rafael Dumett  
Lluvia Editores  
Lima, 2018  
776 pp.

de los personajes, tributarios sin duda del quehacer dramático del autor. En este sentido y en otros, me aúno a los criterios de valoración positiva que los críticos han señalado sobre esta novela.

Sin embargo, la comprensión, valoración y crítica de los textos que toman la historia como materia narrativa estaría incompleta si no se analiza un componente que considero fundamental al subgénero y cuya inclusión abre un nuevo campo de análisis y otorga, en muchos casos, mayor trascendencia a la obra. Este componente, esbozado líneas arriba, es la propuesta que el autor plantea dentro del texto, en la que expresa su visión del pasado en relación con «la historia oficial» en el momento en que la escribe, y cómo esa visión intenta proponer una variación del «sentido histórico» que tenemos o consideramos como nuestro pasado.

Recordemos lo que en el prólogo a la primera edición de la novela *El pueblo del sol* (Imprenta Torres Aguirre, 1927) de Augusto Aguirre Morales, el propio autor sostiene: «No comprendo la empeñosa

labor de quienes se afanan en simular piadosa civilización en el Imperio como si defendieran puntillos de quisquillosa vanidad familiar. Ello es más que pueril; es infantilismo, cuyo microbio ha atacado a eruditos y estudiosos de quienes había derecho a esperar mayor serenidad de espíritu y más honda comprensión del pasado» (p. XIV).

De esta manera, Aguirre Morales hace patente sus diferencias con la idealización que del imperio inca tenían, al momento de escribir su novela, «los historiadores oficiales», basados en las obras de Garcilaso de la Vega. Pero el autor no se queda ahí, con la escasa información a la que podía acceder en su tiempo y visitando algunos vestigios arqueológicos inicia una reconstrucción del imperio inca que desde la ficción desarticula, con su propuesta, el pasado precolombino como se entendía entonces. Ya desde el primer capítulo los vencidos chinchas tomados como prisioneros luego de una sublevación contra el inca son castigados de manera cruenta, terminando con el imaginario predominante de: «...la paternal benevolencia incaica — absurdo postulado de que tanto abuso se ha hecho—...» (p. XIV).

Es así como *El pueblo del sol* trasciende la reconstrucción histórica propia del subgénero y aporta, con su propuesta, una «hipótesis ficcional» que cuestiona lo aceptado en los cánones e incita al lector a reformularse el pasado. Es decir, ampliar los análisis críticos a este cordón umbilical entre historia y ficción, podría darnos una nueva y valiosa visión de la narrativa histórica peruana.

La novela de Dumett carece de esta propuesta, propuesta que por otra parte no es exigible, obligatoria, ni resta mérito alguno a *El espía del inca* o a cualquier otro texto de este tipo. Siguiendo la trama, en las entrelíneas de las vicisitudes que los personajes enfrentan, el lector podrá enterarse de las tensiones políticas, sociales, raciales y económicas a las que la aristocracia quechua tuvo que confrontar para alcanzar la cima de su poder y su consecuente caída. Muchas de ellas planteadas por los estudiosos de la historia de ese período y asentadas por el autor con una verosimilitud que le otorga a la novela un aroma a «verdad».